

*Associació d'Amistat
amb el Poble
de Guatemala*

Homenaje a



**Otto
René
Castillo**

Cuadernos de Guatemala

Número 3 - Agosto de 2004

*Associació d'Amistat
amb el Poble
de Guatemala*

Homenaje a



**Otto
René
Castillo**

Cuadernos de Guatemala

Número 3 - Agosto de 2004

La selecció de poemes que presentem únicament vol ser un homenatge a Otto René Castillo. Un homenatge a qui exemplifica el més alt nivell de responsabilitat de l'intel·lectual revolucionari, del creador revolucionari, en la unitat del pensament i de la pràctica.

Des de l'any 1954 va viure i lluitar contra l'imperialisme i el despotisme militar més sòrdid d'Amèrica. Assassinat pels militars que s'ufanaven de les tortures que li havien infringit, - amb un ganivet li tallaven els ulls, la boca, les galtes, a cada frase que li deien basant-se en el poema Vámonos patria a caminar: "Yo me quedaré ciego para que tengas ojos. Yo me quedaré sin voz para que tú cantes ..." - La vida i l'obra d'Otto René Castillo són i seran un exemple per als qui lluiten per un món lliure.

Aquesta introducció ha estat elaborada a partir de textos de Roque Dalton, la primera part, i de Luís Cardoza y Aragón la segona.

Associació d'Amistat amb el Poble de Guatemala

1 *Introducción*

I

Otto René Castillo nace en Quetzaltenango en 1936. Su infancia y adolescencia están marcadas por la revolución de 1944. La Reforma Agraria iniciada por Arévalo y continuada por Arbenz contemplaba la expropiación de las partes no cultivadas de los latifundios, esto afectaba a la United Fruit, que mantenía sin cultivar más del 85% de sus tierras. La intervención de los Estados Unidos y de la CIA fue inmediata. Cuando el imperialismo derrocó en 1954 al gobierno de Arbenz, frustrando así la revolución guatemalteca, Otto René Castillo era presidente de la Asociación de Estudiantes de Post-primaria, y uno de los activistas juveniles más destacados del Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista). A los dieciocho años, junto a un nutrido grupo de revolucionarios guatemaltecos se establece en El Salvador. Ingresa en la Universidad después de un tiempo dedicado a diversos oficios para ganarse la vida: sereno de un aparcamiento de automóviles, pintor de brocha gorda, vendedor de libros. Simultáneamente escribe con gran asiduidad poemas revolucionarios. En 1955 obtiene el premio centroamericano de poesía de la Universidad de El Salvador, en 1956 el premio Autónomo y en 1958 el “Filadelfio Salazar”, ambos de la Universidad de San Carlos. En 1957 obtiene el premio Internacional de Poesía otorgado por la Federación Mundial de Juventudes Democráticas. Al mismo tiempo, mantiene su actividad revolucionaria relacionada con la lucha del pueblo guatemalteco, que tenía en El Salvador, y desde El Salvador, frentes de trabajo clandestinos establecidos. Otto René Castillo, durante aquel tiempo, atravesó la frontera entre El Salvador y Guatemala varias veces, en la más rigurosa clandestinidad y corriendo riesgos palpables. En 1957 Otto René Castillo regresa a Guatemala, poniendo fin a su exilio. Sigue estudios de Derecho y de Ciencias Sociales en la Universidad de San Carlos, donde obtiene una beca para hacer estudios en la República Democrática Alemana. En 1959 inicia sus estudios de Letras en Leipzig. En 1962 ingresa en la brigada Joris Ivens, grupo de cineastas que,

sobre la base de una preparación técnica y paramilitar intensiva, serían los cuadros de un basto plan para la filmación de materiales sobre la lucha armada de liberación de los pueblos latinoamericanos, dirigidos por el famoso cineasta holandés. Al terminar sus cursos regresa a su país en 1964. En esta etapa, Otto René Castillo armoniza eficazmente su sensibilidad poética y su capacidad de trabajo revolucionario: dirige el teatro de la municipalidad de Guatemala al tiempo que participa directamente en la actividad clandestina de la lucha armada, iniciada en Guatemala unos años antes. En 1965 tiene que salir de nuevo al exilio, cuando estaba a punto de subir a la montaña para hacer un reportaje cinematográfico a los destacamentos guerrilleros de las FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes). Asume entonces una responsabilidad internacional: pasa a ser representante de Guatemala en el Comité Organizador del Festival Mundial de la Juventud, que se iba a celebrar en la capital de Argelia. Culminados los trabajos de dicho Comité, permanece unos meses en Cuba y regresa definitivamente a Guatemala, en 1966, para incorporarse a las guerrillas de las FAR, comandadas por César Montes. Desarrolla una importante labor ideológica en el seno de las unidades guerrilleras, y llega a ser nombrado responsable de propaganda del Regional Oriental de las FAR. Herido en combate, fue capturado por las fuerzas antiguerrilleras del Gobierno, junto con su compañera Nora Páiz fue conducido a la base militar de Zacapa, y, después de haber sido torturados y mutilados, fueron quemados vivos el 23 de marzo de 1967. Murió como un indolegable luchador revolucionario, sin ceder un ápice en el interrogatorio, reafirmando sus principios y su convencimiento de estar siguiendo -por sobre todos los riesgos y derrotas temporales- el único camino verdaderamente liberador para el pueblo, el camino de la lucha armada popular.

//

Luis Cardoza y Aragón dijo de él: Es indudable la unidad de su conciencia política con su conciencia revolucionaria. Su poesía se genera en su entendimiento de la poesía y en la coyuntura existencial. Su pluma y su fusil. Para no pocos, su poesía es vista través de su muerte, de su decisión por el fusil y la montaña, llena de cielo y pueblo. Los dos actos son admirables; la decisión de su destino y su creación poética. Los dos actos están ligados sutilmente. Amor, siempre amor, delicadeza y verdad. ¿Cuál es más alto? En el fondo son uno, sin confusión. Su poesía no vale por haber subido a la montaña y por su asesinato. Vale por sí misma. Obra de amor, de ira y de entusiasmo.

Otto René Castillo

Su pluma da razón al fusil. El fusil es su pluma desesperada de las palabras. Llegó el momento en que pluma y fusil cancelaron las palabras. Llegó el momento en que pluma y fusil cancelaron fronteras. Leo los poemas y los recibo como los de un joven arcángel con corazón de alondra. Se siente su fuerza y su suavidad de espuma. Sus líneas ruedan tersas y sencillas, sin barroquismo. Mucho de su poesía es nostalgia de amor y de una tierra perdida recobrada con su sangre.

Yo no diría que su poesía es comprometida y patriótica. Siento que ha abolido fronteras sin olvidar el nido. Se diría que le dolía Guatemala, pero sin dolor local; con dolor sin límites, con indignación humana. Es un poeta del amor. El compromiso de la poesía es consigo mismo. De ninguna manera estoy cierto de ello, ceso de enaltecer su muerte guatemalteca. Nació en años de dictadura y su vida la pasó en un túnel donde encendió fogatas. El amor y la indignación lo llevan a las montañas; por unos ojos azules, por los ojos negros del pueblo.

En Otto René Castillo no veo preocupación por lo nacional, sino por la poesía. Sin perder raíces, pero sin folclóricas ostentaciones someras. La poesía es asimismo una toma de conciencia de la realidad para subvertirla.

La generación de Otto René Castillo y Roberto Obregón (1940-1970) fue particularmente golpeada en los años más lúgubres y sangrientos de nuestra historia. Yo quisiera transmitir algo de la intención de ambos: De la guerra que nace en el fervor, la pena y la pasión por Guatemala. Es también la justa voluntad de combatir una sociedad anacrónica que produce fratricidios, miseria y atraso.

Otto René, llano de alba, es los años aludidos. Su voz nos dice los sentimientos y las esperanzas de la generación sacrificada. Es una voz de diluida ternura amorosa. Él la asume espléndidamente. Es el heroico poeta de su pueblo. El poeta de años de respuesta y condena a la infamia que vivimos. Su vida, su breve hermosa vida, su martirio tan sombrío acompañado de Nora Páiz Cárcamo son la apoteosis de su palabra.

Un poeta, un hombre cabal, dotado de lirismo transparente y de sencillez y sensibilidad, ¿hasta dónde hubiese llegado su canción si no la hubiesen truncado en su arranque? Su muerte nos estremece, nos trae a la imaginación, a Guatemala sentida por uno de sus hijos que la llevaba en las entrañas con entrega inmensa. Otto René Castillo y Roberto Obregón son figuras cimeras martirizadas por sus razones y por sus ideales. Obregón desapareció para siempre, para siempre inolvidable.

Los grandes levantamientos populares no se han debido nunca en Guatemala a influencias propiamente ideológicas, sino a situaciones insoportables, claras y precisas: la miseria, el desprecio engendran la violencia. Las patadas, el hambre, la impunidad. Para que haya paz se requiere imperativamente acabar con la discriminación racial y las condiciones que prevalecen. Hoy, nuestra sociedad obsoleta está torturando y matando a niños callejeros. ¿No es ésta una sociedad muy enferma?

Somos el país proporcionalmente más indígena de América, seguido por Bolivia, Perú, Ecuador, México. ¿Cómo podríamos hablar de democracia cuando sabemos de la existencia inhumana de la inmensa mayoría de compatriotas? Otto René vivió, hasta sus postreras consecuencias, ese sentimiento hondísimo de vergüenza y de patria, por el cual dio su vida y su canto. ¿Qué más puede dar un poeta?

Debemos leerlo concentrados en la sencillez de su profundidad. Su destino fue excepcional, su vida y su muerte fueron excepcionales. Nos dejó sol en polvo. Fue la suya una vida de poeta cumplida y ejemplar.

Lanzarse a la montaña, lo decidió con la entereza de un hombre generoso, un hombre con lucidez y decisión. En Otto René, en su memoria y sus cantos, perduran todos lo que han muerto combatiendo, y vivirán cuando Guatemala recupere la civilización. Antes que todo, por su poesía lo recordamos.

2 Poemas

Vámonos patria a caminar

- 1.- Nuestra voz.
- 2.- Vámonos patria a caminar.
- 3.- Distante de tu rostro.

1

Para que los pasos no me lloren,
para que las palabras no me sangren:
canto.

Para tu rostro fronterizo del alma
que me ha nacido entre las manos:
canto.

Para decir que me has crecido clara
en los huesos más amargos de la voz:
canto.

Para que nadie diga: ¡tierra mía!,
con toda la decisión de la nostalgia:
canto.

Por lo que no debe morir, tu pueblo:
canto.

Me lanzo a caminar sobre mi voz para decirte:
tú, interrogación de frutas y mariposas silvestres,
no perderás el paso en los andamios de mi grito,
porque hay un maya alfarero en tu corazón,
que bajo el mar, adentro de la estrella,
humeando en las raíces, palpitando mundo,
enreda tu nombre en mis palabras.

Canto tu nombre, alegre como un violín de surcos,
porque viene al encuentro de mi dolor humano.

Me busca del abrazo del mar hasta el abrazo del viento

para ordenarme que no tolere el crepúsculo en mi boca.
Me acompaña emocionado el sacrificio de ser hombre,
para que nunca baje al lugar donde nació la traición
del vil que ató tu corazón a la tiniebla, ¡negándote!

2

Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.
Yo bajaré los abismos que me digas.
Yo beberé tus cálices amargos.
Yo me quedaré ciego para que tengas ojos.
Yo me quedaré sin voz para que tú cantes.
Yo he de morir para que tú no mueras,
para que emerja tu rostro flameando al horizonte
de cada flor que nazca de mis huesos.
Tiene que ser así, indiscutiblemente.
Ya me cansé de llevar tus lágrimas conmigo.
Ahora quiero caminar contigo, relampagueante.
Acompañarte en tu jornada, porque soy un hombre
del pueblo, nacido en octubre para la faz del mundo.
Ay, patria,
a los coroneles que orinan tus muros
tenemos que arrancarlos de raíces,
colgarlos de un árbol de rocío agudo,
violento de cóleras de pueblo.
Por ello pido que caminemos juntos. Siempre
con los campesinos agrarios
y los obreros sindicales,
con el que tenga un corazón para quererte.
Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.

3

Pequeña patria mía, dulce tormenta,
un litoral de amor elevan mis pupilas
y la garganta se me llena de silvestre alegría
cuando digo patria, obrero, golondrina.
Es que tengo mil años de amanecer agonizando
y acostarme cadáver sobre tu nombre inmenso,
flotante sobre todos los alientos libertarios,
Guatemala, diciendo patria mía, pequeña campesina.

Otto René Castillo

Ay, Guatemala,
cuando digo tu nombre retorno a la vida.
Me levanto del llanto a buscar tu sonrisa.
Subo las letras del alfabeto hasta la A
que desemboca al viento llena de alegría
y vuelvo a contemplarte como eres,
una raíz creciendo hacia la luz humana
con toda la presión del pueblo en las espaldas.
¡Desgraciados los traidores, madre patria, desgraciados.
Ellos conocerán la muerte de la muerte hasta la muerte!
¿Por qué nacieron hijos tan viles de madre cariñosa?
Así es la vida de los pueblos, amarga y dulce,
pero su lucha lo resuelve todo humanamente.
Por ello patria, van a nacerte madrugadas,
cuando el hombre revise luminosamente su pasado.
Por ello patria,
cuando digo tu nombre se rebela mi grito
y el viento se escapa de ser viento.
Los ríos se salen de su curso meditando
y vienen en manifestación para abrazarte.
Los mares conjugan en sus olas y horizontes
tu nombre herido de palabras azules, limpio,
pata lavarte hasta el grito acantilado del pueblo,
donde nadan los peces con aletas de auroras.
La lucha del hombre te redime en la vida.
Patria, pequeña, hombre y tierra y libertad
cargando la esperanza por los caminos del alba.
Eres la antigua madre del dolor y el sufrimiento.
La que marcha con un niño de maíz entre los brazos.
y se da redonda sobre la faz del mundo
para que todos amen un poco de su nombre:
un pedazo brutal de sus montañas
o la heroica mano de sus hijos guerrilleros.
Pequeña patria, dulce tormenta mía,
canto ubicado en mi garganta
desde los siglos del maíz rebelde:
tengo mil años de llevar tu nombre
como un pequeño corazón futuro
cuyas alas comienzan a abrirse a la mañana.

Retorno al dolor de todos

He vuelto
después de cinco años.
Y sola estaba la calle
para mí.
Este viejo viento
que conozco desde niño,
caracoleó un poco en mis cabellos
y se quedó ahí de pie, y alegre
tal vez por mi regreso.

De los amigos,
ninguno estaba para verse.

Casi todos siguen lo mismo,
me dijeron vagamente,
pero su piel
se ha vuelto grave ya.
Casi todos también
laborando en la sombra,
dejando
con su vejez
una dura y amarga constancia
de su lucha.

Algunos, sin embargo,
se han cansado ya y le dieron
las espaldas al pueblo y a su frente.
Para poder comer y dormir
mejor
se despojaron de sí,
se convirtieron tristemente
en el gusano que odiaban
y ahora reptan,
hondo,
en la inmundicia,

Otto René Castillo

donde se hartan
junto a las bestias.

A pesar de todo,
han sido muy pocos los traidores,
los que un día
temblarán
ante la furia
múltiple
del pueblo
y pedirán perdón
y serán dura,
cierta,
justamente
castigados,
porque ellos
siempre supieron
lo que estaban haciendo.

He vuelto
después de cinco años.
Y nadie
pudo acudir a saludarme.
Ni aun aquellos
para quienes he vivido
luchando, gritando:
“¡Vosotros sois grandes,
poderosos, y unidos podéis
hacer más llevadera la vida.
Sublevaos!”.

Ni aún ellos me recuerdan.

Mis compatriotas
siguen y siguen sufriendo
diariamente.
Tal vez ahora
un poco más que siempre.

He vuelto, digo.
Y estoy aquí,
para seguir luchando.
Y aunque,
a veces,
me ardan otras lunas
muy lejanas y muy bellas
en la piel,
me quedaré con todos,
a sufrir con todos,
a luchar con todos,
a envejecer con todos.

A su regreso,
dirán después los hombres,
no hubo nadie, no hubo nada,
a no ser la calle sola
y este viejo viento
que conoció de niño,
hace ya tanta estrella
y tanta, tanta lluvia.

Los fusilados

Los llevaron lejos de la ciudad
y no volvieron a llorar sus ojos
sobre las grises calles de mi país;
ni volvió más la brisa a disolver
su frente contra los carceleros
ni el luto dobló más su cintura
en las pupilas claras del sol;
ni el andamio biológico del puño
se trepó de sombra.
Las calles, las casas, los sueños
los vieron pasar hacia la muerte
con la ternura flotando alegre
sobre sus sienas de floresta,
pero de cada rostro nacían pájaros
que buscaban el regazo de la aurora
llenándola de un no sé qué de amor
caído desde lo alto de una lágrima. . .
De pie marchaban, silvestres y humanos.
Amarrados, como el cabello de las mujeres
populares, salían al encuentro de la muerte
con una canción universal en la garganta
poblada de milpales soberbios. ¡Otra vez
la muerte amenazando, subiendo otra vez
las gotas del martirio hasta el aliento. . .!
Custodiándolos, los verdugos reían. Y bebían
la silenciosa integridad de sus jilgueros
con el mismo rostro de raíces castigadas,
con la misma estatura corta de la brisa,
con el mismo color de río sin afluentes
pero con diferente emoción y pensamiento
sobre el puño oloroso de los jardines. . .
Salieron de la ciudad a las doce
de la noche. Atrás, las luces decían
adiós con pupilas espigadas.
Atrás, la ciudad, sin alas, se quedaba

con los enamorados, su lecho y su sonrisa. . .
No volvieron más hacia las cárceles
porque hundieron sus raíces biológicas
en el mismísimo corazón del pueblo.
«¡Han matado! ¡Han matado
muchos obreros esta mañana!
-lo dice el pueblo llorando
por boca de sus paredes- .
«Fuera de la ciudad capital
esbirros del gobierno han matado
prisioneros políticos y apolíticos:
albañiles de una primavera que comienza.»
«¡Han matado! ¡Han matado hombres
que solían amar la salida del sol,
besar la frente de los hijos,
morir por la vida de una rosa,
pelear con hoz por el pueblo,
levantar el martillo por la vida,
amar al pobre sobre todas las cosas
y pelear por su futuro con los dientes.»
Los llevaron lejos de la ciudad
y dejaron sus sienas floreciendo
orgullosos maizales, eternizados
estarán ahora debajo de la tierra
soportando con sus hombros inmensos
todo el futuro del mundo. . .

Intelectuales apolíticos

Un día,
los intelectuales
apolíticos
de mi país
serán interrogados
por el hombre
sencillo
de nuestro pueblo.
Se les preguntará
sobre lo que hicieron
cuando
la patria se apagaba
lentamente,
como una hoguera dulce,
pequeña y sola.
No serán interrogados
sobre sus trajes,
ni sobre sus largas
siestas
después de la merienda,
tampoco sobre sus estériles
combates con la nada,
ni sobre su ontológica
manera
de llegar a las monedas.
No se les interrogará
sobre la mitología griega,
ni sobre el asco
que sintieron de sí,
cuando alguien, en su fondo,
se disponía a morir cobardemente.
Nada se les preguntará
sobre sus justificaciones
absurdas,
crecidas a la sombra

de una mentira rotunda.
Ese día vendrán
los hombres sencillos.
Los que nunca cupieron
en los libros y versos
de los intelectuales apolíticos,
pero que llegaban todos los días
a dejarles la leche y el pan,
los huevos y las tortillas,
los que les cosían la ropa,
los que le manejaban los carros,
les cuidaban sus perros y jardines,
y trabajaban para ellos,
y preguntarán,
«¿Qué hicisteis cuando los pobres
sufrían, y se quemaba en ellos,
gravemente, la ternura y la vida?»
Intelectuales apolíticos
de mi dulce país,
no podréis responder nada.
Os devorará un buitre de silencio
las entrañas.
Os roerá el alma
vuestra propia miseria.
Y callaréis,
avergonzados de vosotros.

Informe de una injusticia

Desde hace algunos días se encuentran bajo la lluvia los enseres personales de la señora Damiana Murcia v. de García, de 77 años de edad quien fue lanzada de una humilde vivienda, situada en la 15 calle «C», entre 3a. y 4a. avenidas de la zona 1.
(Radioperiódico «Diario Minuto» primera edición del día miércoles 10 de junio de 1964.)

Tal vez no lo imagines,
pero aquí,
delante de mis ojos,
una anciana.
Damiana Murcia v. de García,
de 77 años de ceniza,
debajo de la lluvia,
junto a sus muebles
rotos, sucios, viejos,
recibe
sobre la curva de su espalda,
toda la injusticia
maldita
del sistema de lo mío y lo tuyo.
Por ser pobre,
los juzgados de los ricos
ordenaron deshaucio.
Quizá ya no conozcas
más esta palabra.
Así de noble
es el mundo donde vives.
Poco a poco
van perdiendo ahí
su crueldad
las amargas palabras.
Y cada día,
como el amanecer,
surgen nuevos vocablos

todos llenos de amor
y de ternura para el hombre.
Deshaucio.
¿cómo aclararte?
Sabes, aquí,
cuando
no puedes pagar el alquiler,
las autoridades de los ricos
vienen y te lanzan
con todas tus cosas
a la calle.
Y te quedas sin techo,
para la altura de tus sueños.
Eso significa la palabra
deshaucio: soledad
abierta al cielo, al ojo juzgor
y miserable.
Este es el mundo libre, dicen.
¡Qué bien que tú
ya no conozcas
estas horrendas libertades!
Damiana Murcia v. de García
es muy pequeña,
sabes,
y ha de tener tantísimo frío.
¡Qué grande ha de ser su soledad!
No te imaginas
lo que duelen estas injusticias.
Normales entre nosotros.
Lo anormal es la ternura
y el odio que se tiene a la pobreza.
Por eso hoy más que siempre
amo tu mundo,
lo entiendo,
lo glorifico
atronado de cósmicos orgullos.
Y me pregunto:
¿Por qué, entre nosotros,

Otto René Castillo

sufren tanto los ancianos,
si todos se harán viejos algún día?
Pero lo peor de todo
es la costumbre.
El hombre pierde su humanidad,
y ya no tiene importancia para él
lo enorme del dolor ajeno.
Y come,
y ríe,
y se olvida de todo.
Yo no quiero
para mi patria
estas cosas.
Yo no quiero
para ninguno
estas cosas.
Yo no quiero
para nadie en el mundo
estas cosas.
Y digo yo,
porque el dolor
debe llevar
claramente establecida su aureola.
Este es el mundo libre, dicen.
Ahora compárame en el tiempo.
Y dile a tus amigos
que la risa mía
se me ha vuelto un mueca
grotesca
en medio de la cara.
Y que digo amén su mundo.
Y lo construyan bello.
Y que me alegro mucho
de que ya no conozcan
injusticias
tan hondas y abundantes.

De los de siempre

Usted,
compañero,
es de los de siempre.
De los que nunca
se rajaron,
¡carajo!
De los que nunca
incrustaron su cobardía
en las carnes del pueblo.
De los que se aguantaron
contra palo y cárcel,
exilio y sombra.
Usted,
compañero,
es de los de siempre.
Y yo lo quiero mucho,
por su actitud honrada,
milenaria,
por su resistencia
de mole sensitiva,
por su fe,
más grande
y más heroica,
que los gólgotas
juntos
de todas las religiones.
Pero, ¿sabe?
Los siglos
venideros
se pararán de puntillas
sobre los hombros
del planeta,
para intentar
tocar
su dignidad,

Otto René Castillo

que arderá
de coraje,
todavía.
Usted,
compañero,
que no traicionó
a su clase,
ni con torturas,
ni con cárceles,
ni con puercos billetes,
usted,
astro de ternura,
tendrá edad de orgullo,
para las multitudes
delirantes
que saldrán
del fondo de la historia
a glorificarlo,
a usted,
al humano y modesto,
al sencillo proletario,
al de los de siempre,
al inquebrantable
acero del pueblo.

Compañero Espartaco

I

Hace dos mil
años,
un hombre se levantó
contra los ricos.
Buscó a sus partidarios
entre la gente sencilla y buena.
Se rodeó de esclavos y gladiadores:
campesinos, pescadores, albañiles.
Lo siguieron
los hambrientos de su tiempo,
los más pobres de todos.
Y como se levantó
contra la clase de los ricos,
en nombre
de la clase de los pobres,
fustigando a los poderosos
con la violencia de su sangre en pie,
y hablando ásperamente de lo noble
y altamente hermoso de la vida
en libertad
fue sacrificado
junto a los suyos,
por la clase de los ricos,
sin misericordia alguna,
él, que era todo coraje y dignidad!

II

Y desde entonces
sabemos
que existen las clases
y que las mismas
luchan entre sí,

Otto René Castillo

sin cuartel ni descanso.
Y que aquel hombre
fue glorificado
 en las manos de las masas,
porque cayó luchando
por las multitudes
de su tiempo,
contra los viles
de su tiempo,
 y por el amor,
 la bondad
 y la humanidad
de todos los tiempos!

Y porque habló y luchó
por todos nosotros
 yo,
marxista
del siglo veinte,
le glorifico y le amo.
Y digo:
 aprended
 de aquel hombre,
que amó tanto a su clase,
hasta morir por ella,
la tarde de una amarga
 primavera
romana,
 azul, tranquila, pupilar,
pero amarga y amarga.

Distanciamientos

2

Un amigo me dice,
bajo el aire amargo de diciembre:
“ Estoy decepcionado. Todo marcha
tan lento. La dictadura es fuerte.
Me desespera y me duele el destino
calvariento de mi pueblo.”

Y yo, sintiendo su hondo dolor, la tristeza
honrada y gris de mi amigo, sabiendo su lucha
por seguir luchando
no digo: ni cobarde, ni álzate, ni flojo,
ni pesimista, claudicante, pobre diablo.

Sólo le paso el brazo por el hombro,
para que sea menos
la crueldad desgarradora de su frío.

3

Han tocado
a la puerta.
Frente a mí, dos ojos rancos.
Y atrás, un niño que apenas lo sostiene,
con sus seis años de miseria nacional,
de infamia nacional, de cobardía nacional.
Tiende su mano limosnera
y sobre el rostro de mi país
cae
mi corazón a puñetazos,
protestando
por la muerte previa
de este hombre.

siento ganas de matar
al que mató, ciegas, hoscas,
ganas de vengar al matado,
Pero no digo ni hago nada.

indias, rudas
matando.

Acaricio tiernamente la cabeza blanca
de la anciana que llora en mi pecho,
y la vida me duele ahora más que nunca.

Y sin embargo sé: hay tantas formas
de dar la vida por la vida. Lo importante es:
darla como se tiene que dar!

Aún bajo la amargura

Al fondo de la noche
bajan los pasos y se van.

Cavilosas tinieblas los rodean.
Calles. Borrachos. Edificios.
Alguien que huye de sí mismo.
Una botella rota, sangrando.
Un papel viudo gira en una esquina.
Un librepensador se orina sobre el césped,
dondo mañana jugarán los niños bien,
junto al rocío.

Algo rechina a lo lejos, hierro oscuro, genital.
Asfalto y piedras ciegas, aire dormido,
oscuridad, frío, policías, frío, más policías.
Calles, prostitutas, borrachos, edificios.
De nuevo policías, soldados. Otra vez policías.
Las estadísticas dicen: por cada 80 mil judiciales

hay un doctor en Guatemala.

Comprended entonces, la pobreza de mi país,
y mi dolor y la angustia de todos.

Si cuando digo: ¡Pan!
me dicen:

¡calla!,
y cuando digo: ¡Libertad!,
me dicen:

¡muere!
 Pero no callo ni muero.
Vivo
 y
 lucho. Y eso enloquece
a los que mandan en mi país.
Porque si vivo,
 lucho,
 y si lucho,
contribuyo al amanecer.
Y de esta manera nace la victoria
aun en las horas más amargas.

Nunca estoy solo

De veras, nunca estoy solo.
Tan solo estoy triste
cuando tus ojos
huyen
del sitio
en que debimos
encontrarnos
por la tarde.
Ahora
se pudre la espera
debajo del tiempo,
del tiempo que se ríe
de mí, gran amador,
desprovisto de amada

Comunidad

Hermosa encuentra la vida
quien la construye hermosa.
Por eso amo en ti
lo que tu amas en mí:
La lucha por la construcción
hermosa de nuestro planeta.

Suerte perra

Cuando vine al mundo,
en la ciudad
llamada de las cumbres,
eras toda tiniebla
Patria mía,
y la bondad humana
era un largo quejido,
ciego y callado.

Mis mayores,
graves y tristes
como un paisaje de ceniza,
habían acostumbrado
su vida al silencio
y no solían hablar
sino cuando estaban seguros
de estar realmente solos.

Yo recuerdo una tarde,
junto al cerezo
que estaba sembrado
en el patio de la vieja casona,
a un tío mío, anciano ya,
que lloraba largamente
por la muerte de su perro.

Ese día, según supe
mucho tiempo después,
habían muerto en la ciudad
muchas gentes,
asesinadas por el frío
y el hambre.

Pero lo más cercano
que tenía mi tío,

según dicen, era su animal,
un perro policía de tres años,
que siempre anduvo con él
por todas partes.
Mi tío murió poco después
de la más honda tristeza,
y su dolor ha de haber sido
claro y sincero,
para haberle quemado tan hondo.

Yo sólo lo recuerdo
junto al viejo cerezo,
y al llanto cantando
en el árbol de sus ojos.

Y cuando supe largo después
que tal día habían muerto
en la ciudad tantas personas,
joven ingenuo que era,
le pregunté a mis tías,
señoritas y adineradas entonces,
que si el perro valía más llanto
que tanta gente muerta.
Y me recuerdo de su enfado,
como si yo le hubiera abofeteado
el rostro al recuerdo de su hermano.

Durante muchos julios
recordé todo confuso
ese amargo incidente de familia,
y luego después traté de olvidarlo
para todos los siempres.
Y casi hube de lograrlo,
si no es este día
en el que leo en un diario,
que un hombre fue matado a golpes
por haberle robado su comida
a un aburguesado perro policía.

Otto René Castillo

Entonces me he dicho
que sigues más tiniebla
que nunca, patria mía,
y que sin duda por eso,
los hombres con dinero
son tan malos todavía.

Holocausto optimista

¡Qué terrible mi tiempo!

Y sin embargo, fue mi tiempo.
No lo impuse yo, tan sólo
me tocó hundir mis pasos
en su vientre
y caminar con el fango
hasta el alma,
llenarme la cara de lodo,
entubiarme la pupila
con el agua sucia
y marchar
hacia la orilla futura
dejando una huella
horripilante
que hederá
para todos los tiempos.
Y sin embargo, fue mi tiempo.
Pustolento. Perruno. Horrendo.
Creado por el lobo, en verdad.
Sufrido por el hombre, a verdad.
Destruído con odio y muerte
en nombre del amor y la vida.

¡Qué terrible mi tiempo!

Y sin embargo, fue mi tiempo.
Hombres del futuro, cuando
penséis en nuestro tiempo,
no penséis en los hombres,
pensad en las bestias
que fuimos mordiéndonos
a dentelladas homicidas
los pedazos de alma
que tuvimos,

Otto René Castillo

pero pensad también
que en este combate
entre animales
se murieron las bestias
para todos los siglos
y nació el hombre,
lo único bueno de mi tiempo.
Y que en medio de todo,
algunos vimos,
lentos de telarañas
y de polvo genésico,
cómo el hombre
fue venciendo a la bestia.
Y cómo el futuro
se acercaba
con una estrella
en los cabellos,
cuando moría
la bestia
bajo el peso
del hombre.

Viudo del mundo

Compañeros míos
yo cumplo mi papel
luchando
con lo mejor que tengo.
Qué lástima que tuviera
vida tan pequeña,
para tragedia tan grande
y para tanto trabajo.
No me apena dejaros.
Con vosotros queda mi esperanza.
Sabéis,
me hubiera gustado
llegar hasta el final
de todos estos ajetreos
con vosotros,
en medio de júbilo
tan alto. Lo imagino
y no quisiera marcharme.
Pero lo sé, oscuramente
me lo dice la sangre
con su tímida voz,
que muy pronto
quedaré viudo de mundo.

Indice de poemas

Patria mi amor

*Retorno al dolor de todos
En verdad, no conozco tu risa*

El verdadero milagro alemán

Sábado por la tarde en Dresden

Mañana triunfante

*Los fusilados
Intelectuales apolíticos
Informe de una injusticia
De los de siempre
Compañero Espartaco
Distanciamientos
Aún bajo la amargura*

Alas de canto

*Nunca estoy solo
Comunidad
Nuestro deseo
Permanece conmigo*

Lo privado también cuenta

*Suerte perra
Holocausto optimista*

Viudo del mundo

Viudo del mundo

***Associació
d'Amistat
amb el Poble
de Guatemala***

Casa de la Solidaritat
c/ Vistalegre, 15, baixos
08001 Barcelona
Tel. 93 443 43 92

Més informació a:
<http://www.aapguatemala.org>
aapguatemala@yahoo.es

Amb el suport de:

